
CONSTANTINOPLA ANTIGUA.

¡Pero qué debía ser aquella ciudad en los buenos tiempos de la gloria otomana!

No podía quitarme de la imaginacion la exclamacion precedente.

Entonces sobre el Bósforo, enteramente blanco por innumerables velas, no se levantaba ni una nubecilla de humo negro que manchase el azul del cielo y de las aguas. En el puerto y en las pequeñas radas y bahías del Mármara, entre los viejos navíos de guerra con la alta popa llena de esculturas y mascarones dorados, con las medias-lunas de plata, con los estandartes de púrpura, con los faroles de oro, sobrenadaban, cargadas ó ensangrentadas con cargamentos ó prisioneros de otras galeras genovesas, venecianas ó españolas.

El Cuerno de Oro carecía de puentes: de la una á la otra playa, se deslizaban constantemente turbas de barquichuelos, de esquifes, de fustas, de cáiques, engalanados con pompa; y destacá-

banse las lanchas del Serrallo, en cuyas astas rizaba el viento los banderines escarlata con doradas franjas, tripuladas por remeros vestidos de seda.

Scutari era á la sazón una aldea; Galata se reducía á reunión de casas desparramadas por el campo; ningún palacio alzaba la cabeza sobre la colina de Pera; el aspecto de la ciudad era ménos grandioso que en la actualidad.

La ley que prescribía el uso de los colores, hallándose todavía en vigor, permitía que se distinguiesen por el tono de las paredes exteriores de las casas, la religión de sus habitantes. Stambul lucía el encarnado y el amarillo, excepción hecha de los establecimientos y edificios públicos, que ostentaban su arquitectura externa blanca como el ampo la nieve; los barrios armenios se hallaban pintados de gris claro; los griegos, de gris oscuro; los hebreos, de morado.

Era universal, lo mismo que en Holanda, la pasión por las flores; y los jardines semejaban ramos de jacintos, de tulipanes y de rosas. La vejetación exuberante de las colinas, no siendo todavía echada á tierra por las construcciones de los barrios extremos, daba á Constantinopla el carácter de una ciudad oculta en la espesura de una floresta. Dentro no existían sino callejuelas, pero la embellecía una perspectiva maravillosa. No se veían más que magníficos turbantes, que otorgaban á la población masculina aire colosal. Las

mujeres, excepto la madre del Sultan, rigurosamente veladas de tal suerte que solo dejaban entrever los ojos, formaban una población femenina, anónima y enigmática, que exparcía por la ciudad cierta misteriosa y poética áura.

Las leyes suntuarias, relativas á la indumentaria, por ejemplo, determinando el vestido, consentían distinguir por la hechura del turbante y el color del caftan, la clase media, los grados del ejército, las jerarquías de los empleos, la edad: cual si Constantinopla fuese inmensa córte.

El caballo, sirviendo aún de «único vehículo para el hombre», llenaba los ámbitos de la ciudad, circulando en todas direcciones, montado ora por elegantes ginetes, ora por pobres mercaderes; y caballeros de una parte, y de otra las largas filas de camellos y dromedarios del ejército, concedían á la ciudad la apariéncia salvaje y grandiosa de antigua metrópoli asiática.

Las arabá (1) doradas tiradas por bueyes, se cruzaban con las carrozas forradas exterior é interiormente de paño verde de los ulemas (2), y

(1) Carruaje que toma su nombre probablemente de la región de donde procede, el Arabat, Gobierno de la Tauride, en la concha del mar de Azof, costa de Crimea.

(2) Doctor de la ley, que explica el Corán, preside ejercicios religiosos, vigila la educación de los príncipes y administra justicia.

con las revestidas de paño grana de los Kadi-Asquieros (1), con las talike (2) ligerísimas de las cortinillas de raso y con el interior adornado de pinturas fantásticas.

Esclavos de todos los países, desde Polonia á Etiopía, pasaban en tropel sonando sus cadenas eslabonadas en los campos de batalla. En las encrucijadas, en las plazas, en los patios de las mezquitas, lucían los soldados vestidos de gloriosos guñapos, sus brazos cortados ó sus cicatrices aún frescas de las heridas que les tocaran en suerte en Viena, en Belgrado, en Rodas, en Damasco. Centenares de rapsodistas y cantores, lanzaban al viento con gesto y ademan inspirado en medio de círculos de soberbios musulmanes, los actos notables de los ejércitos que combatían á distancia de tres meses de marcha de Stambul.

Los Bajás, los Bey (3), los Agá, los Musse-lim (4), una infinidad de dignatarios y de grandes señores adornados con lujo teatral, acompañados por grupos de siervos, hacían á la muchedumbre que se inclinase ante ellos al pasar, como la mies se

(1) Kadí, magistrado del 4.º orden, encargado de la policía y de empleos análogos á corregidores ó alcaldes.—De *Kadí* ó *Al-Cadí*, viene *alcalde*.

(2) Ligeró carruaje persa.

(3) Gobernador de una ciudad ó provincia; capitán de buque con categoría de Bajá de dos colas.

(4) Lugarteniente de Bajá.

inclina al soplo del viento; pasaban cortejos de príncipes, embajadores de todos los estados de Europa venidos á pedir la paz ó la alianza; desfilaban caravanas cargadas de dones y regalos de los Reyes africanos y asiáticos; pelotones de silidar y de spahí, fastuosos é insolentes, arrastrando por las calles los sables corvos, manchados en sangre de veinte pueblos, y los hermosos pajes griegos y húngaros del Serrallo, con ricos trajes, propios de Reyes, paseando altaneramente sus miradas por la multitud obsequiosa, que respetaba en ellos los caprichos torpes y desnaturalizados de su señor.

Aquí y allá, delante de las puertas, se observaba un trofeo de nudosos bastones de mando; era un cuerpo de guardia de genízaros, que ejercían á la sazón el cargo de policía en el interior de la ciudad.

Tropezábanse por todas partes hebreos que llevaban al Bósforo los cuerpos de los ajusticiados; cada mañana hallábase en el Balik-bazar algún cadáver tendido en el suelo con la cabeza cortada debajo del brazo derecho y la sentencia de la ejecución sobre el pecho, y sobre la sentencia una piedra; nobles colgados del primer gancho ó de la primera viga saliente que habían encontrado los apresurados verdugos que apenas daban abasto; tampoco dejaba de hallarse algún que otro martirizado echado por tierra y sacado á la calle des-

pues de haberle torturado en las mansiones de los calabozos, y ora se le veían los piés hechos pedazos, ora las manos machacadas con una maza; al sol de Mediodía se encontraban comerciantes sorprendidos en algún fraude, clavados por una oreja en la puerta de sus tiendas.

Y como no regía en aquel entonces la ley que más tarde ha restringido la libertad de enterrar en cualquier parte, cavábanse fosas y enterrábanse muertos á cualquier hora del día en los jardines, en los callejones, en las plazas, delante de las puertas de las casas, en cualquier sitio en suma. Mas despues, la ley ha confiando las sepulturas á los cementerios.

Escuchábanse en los patios los gemidos de carneros y corderos sacrificados en holocausto á Alá, por los nacimientos ó las circuncisiones.

De cuando en cuando, cruzaba á galope una escolta de eunucos gritando y amenazando, y se cerraban puertas y ventanas; huían de las calles las gentes, y el barrio quedaba desierto y como dormido: entonces pasaban los carruajes de las bellas del gran Señor, llenando el aire de risas y perfumes.

A veces, un personaje de la córte, al atravesar una calle llena de gente, se ponía pálido de improviso: había visto seis hombres del pueblo, de mezquina apariencia, que entraban en una tienda. Eran el Sultán, cuatro altos funcionarios

cortesianos y un verdugo, é iban de tienda en tienda para contrastar las pesas y medidas.

Por todos lados, el enorme cuerpo de Constantinopla exhalaba una vida pletórica y febril.

El tesoro rebosaba de piedras preciosas y dinero; los arsenales de armas; los cuarteles de soldados; las caravanas de viajeros; el mercado de esclavos; era un hormiguero de bellas, de comerciantes femeninos y de grandes señores; los doctos se atropellaban en los grandes archivos de las mezquitas; los Visires de la luenga vida y extraordinaria paciencia, preparaban á las generaciones futuras los interminables anales del Imperio; los poetas pensionados por el Serrallo, se encerraban en los baños á cantar las guerras y los amores imperiales; turbas de obreros búlgaros y armenios trabajaban en las fábricas de las mezquitas labrando moles inmensas de granito de Egipto y de mármol de Paros, mientras que por mar llegaban las columnas de los templos del Archipiélago y por tierra los despojos de las iglesias de Pest y de Ofen; alistábanse en el puerto las flotas de trescientas velas, que debían ser portadoras del terror á todas las playas del Mediterráneo; entre Stambul y Adrianópolis se extendían cabalgatas de siete mil halconeros y siete mil guardabosques, y en los intervalos que mediaban entre los motines de la soldadesca y las guerras lejanas, el incendio reducía á cenizas veinte mil casas en

una noche, ó se celebraban fiestas de treinta días ante los plenipotenciarios de todos los Estados de Africa, Asia y Europa.

Entonces el entusiasmo musulman llegaba á la locura.

Por cuenta del Sultán y de los cortesanos, en medio de aquellas desmesuradas palmas nupciales, cargadas de pájaros, de frutas y de espejos, se derribaban casas y muros, para que las palmeras quedasen aisladas y pudiesen pasar largas hileras de leones; sirenas de azúcar llevadas por caballos con gualdrapas de damasco y plata; en medio de los montones de donativos reales venidos de todos los extremos del Imperio y de todas las córtes del mundo, alternaban fingidas batallas de genízaros, bailes estrepitosos de los dervís, refriegas sangrientas de los prisioneros cristianos, banquetes populares de cuscusú de diez mil cubiertos; danzaban en el hipódromo gigantes y girafas; se uncían en trahilla osos y zorras, lanzándolos entre la multitud con cohetes atados á la cola; sucedíanse las danzas lascivas á las pantomimas alegóricas, las mascaradas grotescas á las procesiones fantásticas, y carreras, carros simbólicos, juegos, comedias y lides de todas especies alternaban con otras fiestas de verdadera demencia.

La solemnidad degeneraba poco á poco, siempre al caer la noche, en un tumulto desenfrenado,

y quinientas mezquitas centelleantes iluminaban la ciudad, con una extraordinaria aureola de fuego, que anunciaba á los pastores de las montañas de Asia y á los navegantes de la Propóntide, las orgías de la nueva Babilonia.

Así era Stambul, la sultana formidable, voluptuosa y desenfrenada que, comparada con la ciudad de hoy, resulta ésta una vieja reina enferma é hipocondriaca.

LOS ARMENIOS.

Ya pueden comprender mis lectores que, ocupándome casi siempre de los turcos, no tuve bastante tiempo para estudiar las tres naciones, armenia, griega y hebrea, que forman la población de los rajá (1); estudio que, por otra parte, es bastante largo, porque si cada uno de estos pueblos ha conservado desde lo más insignificante hasta lo fundamental en la naturaleza propia, la vida exterior de los tres, ha tomado una veladura de color musulman, la cual vá ahora perdiéndose á su vez bajo el tono general de la civilización europea, con lo que presentan los tres pueblos mencionados dificultades insuperables para la observación: como si se tratase de un cuadro móvil á cada paso, y á cada paso cambiando de condiciones y manera de ser.

Los armenios especialmente, «cristianos por

(1) *Rakéz*, hez, populacho, plebe.

el espíritu y la fé, y musulmanes asiáticos por nacimiento y por la carne, no dejan de ser, sin embargo, difíciles, únicamente para el estudio del que pretende analizarlos íntimamente, sí que también para distinguirlos á la simple vista de los turcos; porque aquella parte de entre ellos que todavía no ha adoptado la manera de vestir europea, se viste á la turca, salvo contadísimas excepciones, y no usa casi nunca el antiguo gorro de fieltro, que significaba en otro tiempo el distintivo de la nación por medio de determinados colores especiales. Y no difieren mucho de los turcos, ni aun en el aspecto exterior.

Son, por lo general, algo más altos de estatura que éstos, robustos, corpulentos, de tez clara, de andar y modales graves, y muestran en sus semblantes las dos cualidades peculiares á su naturaleza; el espíritu abierto, decidor, industrioso, pertinaz, por lo cual sirven admirablemente en el comercio, y aquella placidez, que otros quieren llamar suavidad servil, con lo que han llegado á abrirse hueco en todas partes, desde Hungría hasta China; siendo aceptos particularmente á los ojos de los turcos, de los cuales se cautivaron la confianza en calidad de súbditos dóciles y amigos obsequiosos.

Ni por dentro ni por fuera poseen nada de belicoso ni de heróico. Quizá antiguamente no eran así en la region asiática de donde proceden, y

asegúrase sobre el particular, que se diferencian aún hoy bastante de sus hermanos, que habitan la region á que se alude. Pero aquellos que trasplantados más acá del Bósforo se domiciliaron entre los turcos, constituyen un pueblo verdaderamente prudente y de original mansedumbre, modesto en su vida, dedicado á sus tráficos y más sinceramente religioso que ningun otro de los que moran en Constantinopla.

Los turcos los llaman *los camellos del imperio*, y los francos afirman que cada armenio nace calculador á su modo, necesariamente. Ambos apellidos los justifican los armenios, puesto que merced precisamente á la fuerza física de los mismos y á su inteligencia ágil, activa, aguda y penetrante, así como á contar en su seno gran número de arquitectos, ingenieros, médicos, artífices concienzudos y de paciencia, deben, en gran parte, el servir en Constantinopla para un sinnúmero de oficios, desde mozos hasta banqueros: mozos que llevan fardos enormes, y banqueros que amasan tesoros fabulosos.

A primera vista, no obstante, ninguno advertiría que en la ciudad de Constantinopla existe un pueblo armenio: hasta tal punto ha tomado la planta el color del terreno. La mujer misma, por causa de la cual la casa armenia está cerrada al extranjero casi tan severamente como la musulmana, viste á la turca, y solo un ojo muy

experto puede reconocerlas entre sus conciudadanas mahometanas de Constantinopla. Por lo general, son blancas y regordetas, y tienen los perfiles y lineamientos aguileños propios del Oriente, ojos grandes y largas pestañas; existiendo muchas de alta estatura y de formas de matrona, que coronadas por un turbante, parecerían bellísimos ídolos orientales; y casi todas ofrecen un conjunto señorial y modesto al mismo tiempo, en el que, si algo falta, es la luz del alma, que brilla en el rostro de la mujer griega.

LOS GRIEGOS.

Tan difícil como es conocer á la simple vista á los armenios, tan fácil es reconocer á los griegos, aunque no se repare en el traje. ¡Tanto se diferencian de los demás súbditos del Imperio, especialmente de los turcos!

Para darse cuenta de esta diversidad, ó mejor dicho, de este contraste, basta mirar alternativamente un turco y un griego que se hallen sentados uno al lado del otro en un café ó en un barco. Y aunque ambos sean guapos, de idéntica edad, igualmente vestidos á la europea, de la misma clase ó profesion, y hasta parecidos de rostro, no es posible equivocarlos.

El turco es inmóvil; todos sus lineamientos reposan en una especie de quietud sin inteligencia, análoga á la tranquilidad del animal harto; y aun cuando el semblante revele una idea en el pensamiento, sobre la cual medita, es una idea inmóvil como su cuerpo. Ni mira á nadie, ni deno-